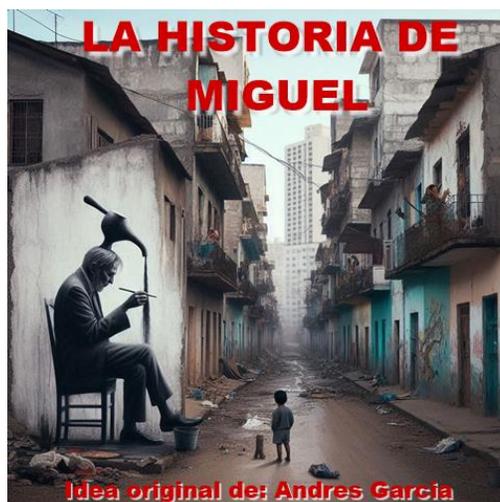


LA HISTORIA DE MIGUEL



Idea Original: Andres Garcia

Había una vez en la isla de Cuba, una tierra bendecida con playas de arena blanca, palmeras ondeando y una rica cultura que fluía a través de sus calles y plazas. En medio de esta belleza, vivía un hombre llamado Miguel, un campesino humilde que trabajaba incansablemente para proveer a su familia. A pesar de la dureza de los tiempos, su espíritu seguía siendo tan fuerte como los vientos del Caribe.

Miguel despertaba cada día antes del amanecer, con el sonido de los gallos y el susurro del mar como su alarma. Sus manos, endurecidas por años de trabajo bajo el sol abrasador, araban la tierra que había sido de sus ancestros. Sus hijos, Luz y Pedro, corrían descalzos por los campos, riendo y jugando, ajenos a las preocupaciones que pesaban sobre los hombros de su padre.

La vida en el campo era dura, pero la verdadera lucha de Miguel se encontraba en la ciudad, donde las filas

interminables y el racionamiento de alimentos eran una constante.

El abastecimiento era escaso, y a menudo, la esperanza se desvanecía como el humo de las chimeneas de las fábricas que apenas funcionaban. Miguel siempre había soñado con una vida mejor para sus hijos, donde no tuvieran que soportar la privación y las dificultades que él había enfrentado toda su vida.

Un día, mientras Miguel yacía agotado al final de su jornada, su esposa, María, se sentó a su lado. "Miguel," dijo ella suavemente, "nuestros hijos merecen más. Debemos encontrar una manera de darles un futuro mejor."

El plan era riesgoso. Los rumores de balsas que llevaban a la gente hacia el norte, hacia una tierra de oportunidades, habían alcanzado sus oídos. Miguel sabía que dejar su tierra y aventurarse en el mar abierto era una apuesta con la vida misma. Pero la esperanza de un futuro mejor para Luz y Pedro pesaba

más que el miedo a lo desconocido.

Con el corazón lleno de miedo y esperanza, Miguel y María comenzaron a construir una balsa con lo poco que tenían. Sus vecinos, conocedores de la dura realidad que todos enfrentaban, les ofrecieron su apoyo y bendiciones, aunque sus rostros reflejaban la tristeza de la despedida.

La noche de la partida, el mar estaba tranquilo y las estrellas iluminaban el cielo como promesas de un nuevo comienzo. Miguel, María y sus hijos subieron a la

balsa y se adentraron en el vasto océano, guiados por la luz de las estrellas y la esperanza en sus corazones.

A medida que la costa cubana se desvanecía en el horizonte, Miguel tomó la mano de María y susurró, "Por un futuro mejor, mi amor. Por nuestros hijos."

La travesía estaba llena de incertidumbres, pero el espíritu de Miguel y su familia brillaba con una determinación que ni las olas más fieras podían apagar. Y aunque el final de su viaje seguía siendo incierto, su lucha y su valentía ya eran un testimonio del inquebrantable deseo de libertad y un futuro mejor para los suyos.

Así, en la vastedad del mar, la familia de Miguel continuó su viaje, un símbolo de la resiliencia y la esperanza del pueblo cubano, que a pesar de las adversidades, siempre encuentra la manera de soñar con un mañana más brillante.